

Por artificialmente dramática que resulte, la tensión indochina se inscribe en una coyuntura internacional peligrosa. Sobre estas líneas, el portaaviones «Enterprise», una de las armas utilizadas en la guerra psicológica lanzada por el gobierno norteamericano para presionar sobre el Congreso.

LAS MANIOBRAS DEL PENTAGONO

LA tarde misma de la firma de los acuerdos de París que debían poner término a la guerra de Vietnam, el 27 de enero de 1973, Henry Kissinger confesaba a un visitante: «Lo importante es evitar que Thieu se hunda antes de dos o tres años, que no se nos pueda acusar de haber dejado a un aliado en la estacada; hay que salvar, en todo caso, la credibilidad americana allí como en cualquier otra parte». Han transcurrido dos años. El contrato que Kissinger se firmó a sí mismo se ha cumplido prácticamente. ¿Qué ocurre mientras tanto en Vietnam?

El 7 de enero, Phuoc Binh, la capital de la provincia de Phuoc Long, a 120 kilómetros al Norte de Saigón, caía en manos de las fuerzas del GRP, apoyadas por los norvietnamitas. Al día siguiente pasaba a poder de los revolucionarios una colina que domina el importantísimo centro de Tay Ninh. En el delta del Mekong, veinte puestos fueron abandonados por las fuerzas de Saigón entre el 1 y el 20 de enero, mientras que guerrilleros procomunistas interceptaban la carretera nacional número 1, la del Norte. Una cuarta parte de las pro-

vincias sudistas están controladas prácticamente por el GRP, sobre todo las que, formando un arco al Noroeste de Saigón, dominan el sector estratégico vital de las «tres fronteras» entre Vietnam, Laos y Camboya.

Para quien siga con un mínimo de paciencia y atención el curso de

ta y en la región de las plantaciones del Sur de las altiplanicies nos hace pensar en los movimientos que, a base de caídas de puestos y reuniones de aldeas, consiguieron modificar la relación de fuerzas entre la revolución vietnamita y sus adversarios en la primavera de 1953, durante el verano de ese

cia lógica. Es la prolongación de la segunda guerra de Indochina, porque después del 27 de enero de 1973, el jefe de fila del Régimen de Saigón decidió proseguir la guerra en un momento en que se le presentaba la ocasión de trasladar al plano político el conflicto que opondrá a la derecha conservadora y proamericana —que encabeza— al movimiento revolucionario vietnamita.

Los acuerdos del 27 de enero de 1973 se limitaban a reflejar las realidades socio-culturales de Vietnam del Sur: la existencia sobre el terreno de dos Administraciones y dos Fuerzas Militares; la presencia de tres «corrientes» políticas: la que se encarna en el Gobierno de Saigón, apoyada por Washington, y la que anima el GRP, sostenida por Hanoi, y por último, la «tercera fuerza»: la vasta, informe e innumerable oposición no comunista (o anticomunista).

En persecución de un arbitraje político que reflejase más fielmente esas realidades, los acuerdos (firmados por Washington, Hanoi y los «dos partidos» sudvietnamitas, Saigón y el GRP, bajo los auspicios de la URSS, China, Gran Bretaña,

Jean Lacouture

los acontecimientos en Vietnam y Camboya, nada hay de sorprendente en los últimos sucesos. Este brusco cambio de la situación militar de los sudistas no es más que la aceleración de un proceso mucho más importante para el futuro que la caída de tal o cual localidad: el amplio movimiento campesino que erosiona profundamente las estructuras del Régimen sudista, y que una personalidad del GRP llegó a calificar recientemente de «insurrección generalizada». Hemos oído con frecuencia palabras como éstas en treinta años de guerras indochinas; conviene, pues, citar esta fórmula con la máxima precaución. Pero lo que ocurre en el del-

mismo año y, con menor claridad, en la estación seca de 1964-65. ¿Es previsible un rápido hundimiento del Sur, la denuncia por Saigón y Washington de los acuerdos de París, una nueva intervención norteamericana en la tercera guerra de Indochina?

Una consecuencia lógica

No hay una tercera guerra de Indochina. La serie de reveses que sufre estos días el general Nguyen Van Thieu no representan el dramático resurgimiento de un conflicto que derribó a un Régimen en Francia y a dos Presidentes en los Estados Unidos: son su consecuen-

Francia y del secretario general de las Naciones Unidas) imponían en el artículo 12 la creación de un Consejo Nacional de Reconciliación y Concordia. Debía restablecer simultáneamente los vínculos entre los «dos partidos» sudistas y preparar las elecciones por medio de las cuales pudiese finalmente el pueblo sudvietnamita decidir de su futuro político y social.

¿Policías o ladrones?

Poco después de la firma de los acuerdos, el Presidente Thieu hacía un solemne llamamiento a sus conciudadanos para que prosiguiesen la lucha y llevasen a cabo «con mayor tesón aún la eliminación radical de los comunistas y sus aliados». Thieu parecía haberse olvidado de la presencia de su ministro de Asuntos Exteriores en la mesa de firmas del local de la avenida Kléber junto al enviado de los revolucionarios vietnamitas: Para él, los acuerdos significaban únicamente la desvinculación militar norteamericana: de ahí la necesidad de intensificar el esfuerzo bélico, ignorando pura y simplemente el acuerdo de París. ¿Dónde hay que buscar, pues, el origen de la situación actual? En primer lugar, en la negativa de Thieu a pasar del terreno militar al político y aceptar el arbitraje de la comisión tripartita, única emanación plausible del pueblo sudvietnamita, en espera de la elección de organismos representativos; en segundo lugar, en la negativa de Washington a aceptar las consecuencias ineludibles de su retirada militar (Kissinger pretendía a la vez reparar a los electores de Nixon y mantener la hegemonía americana en Saigón).

Excluidos del proceso político por voluntad de Thieu, sus adversarios no podían dar más que una respuesta militar. Nadie dudará de que esta presión del GRP y de Hanoi, tendente a forzar a Thieu a aceptar las cláusulas políticas de los acuerdos de París, continuará hasta que se alcancen los objetivos. Puesto que Thieu insiste en proseguir la lucha en el terreno militar...

Washington y Saigón se niegan a reconocer la existencia del GRP, con el que han firmado, sin embargo, los acuerdos de enero de 1973, y centran sus denuncias en la acción de los norvietnamitas, invocando la «invasión». Según informaciones de fuente norteamericana, elementos de la Séptima División del Norte tomaron parte en la operación que condujo a la caída de Phuoc Binh. Es muy posible. Los acuerdos de París no atacan expresamente la presencia en el Sur de fuerzas norteamericanas, sino que se limitan a especificar que «la suerte de las Fuerzas Armadas vietnamitas en el Sur sería regulada mediante consultas entre las dos partes». Consultas imposibilitadas

por la negativa de Saigón a la creación de la Comisión de Reconciliación. Los americanos tuvieron que resignarse al mantenimiento, por lo menos provisional, de las tropas del Norte en el Sur a cambio del mantenimiento de Thieu al frente del Gobierno de Saigón. Era de prever que las fuerzas de Hanoi se erigirían en policías o garantes de la aplicación de las cláusulas políticas de los acuerdos; es exactamente lo que está ocurriendo.

La reacción norteamericana consiste, evidentemente, en transformar a estos policías en ladrones, multiplicando las presiones, las amenazas y los envíos de armas y de material. Así, se suceden las advertencias: el 10 de enero se anuncia que una flota de apoyo al portaaviones «Enterprise» se dirige hacia Indochina. Sigue un mentís, lamentado por Kissinger primero y más tarde por el propio Presidente Ford. El día 12 aterriza improvisadamente en Saigón el jefe de Estado Mayor del Ejército norteamericano, general David Jones. Ese mismo día se anuncia la puesta en estado de alerta de la base de Okinawa, donde los «marines» multiplican los ejercicios de desembarco. Pero al mismo tiempo, en Honolulu, el almirante Gayler, comandante de la VII Flota norteamericana, afirma que una intervención estadounidense en Vietnam era «difícilmente imaginable, incluso en el caso de que se desplomase el Régimen de Thieu».

Votar el suplemento

Los norteamericanos están llevando a cabo una vasta operación de guerra psicológica, destinada mucho menos a asustar a los vietnamitas (cosa, ya se sabe, bastante difícil) que a convencer al Congreso para que vote un suplemento de 300 millones de dólares a la ayuda concedida el año pasado a Thieu (700 millones, de los 1.400 solicitados por el Pentágono). «Ni hablar de eso —ha declarado Mike Mansfield, líder demócrata del Senado—. Ello contribuiría a prolongar la matanza. Que los vietnamitas decidan entre ellos sus propios asuntos».

Mas, por artificialmente dramática que resulte, la tensión indochina se inscribe en una coyuntura internacional peligrosa. ¿Piensa, acaso, James Schlesinger, como amo que es del Pentágono, matar dos pájaros de un tiro enviando a sus «marines» a Abu Dhabi y dejando a algunos en reserva para lanzarlos sobre las plantaciones de caucho de Binh Long, las mismas que acaban de ocupar los guerrilleros vietnamitas?

Cuando el gobierno de los asuntos del mundo se confunde con una estrategia de rodeo, cuando se habla de negocios empujando el revólver, no puede excluirse ninguna hipótesis. ■ J. L.

El Tribunal Russell contra Kissinger

Régis Debray

En su misma debilidad estriba su fuerza. Al no representar a ningún poder establecido, el Tribunal Russell dicta sentencias que no llegan a convertirse en ejecutorias. Como las del Tribunal Internacional de Justicia. Su marginalidad con relación a los Estados y los partidos garantiza su independencia, al tiempo que le hace rozar la universalidad: Compuesto de juristas, escritores y teólogos de todas las nacionalidades, puede el Tribunal aspirar justamente a representar la opinión, cuando no la conciencia del mundo. Se dirá del jurado que es parcial: También lo era el de Nürenberg, sólo que aquí, en este Nürenberg permanente, los vencidos juzgan a sus vencedores provisionales; los pueblos indefensos, a sus amos extranjeros.

Más de dos mil personas, en Latinoamérica, recogieron informaciones y elaboraron informes para presentarlos en Bruselas entre el 11 y el 18 de enero. Rigurosamente jurídicos, tales como el de Joinet referido a Chile, denuncian no sólo las violaciones de los Derechos del Hombre por la junta militar, sino también las del mismo orden legal propugnado por esa.

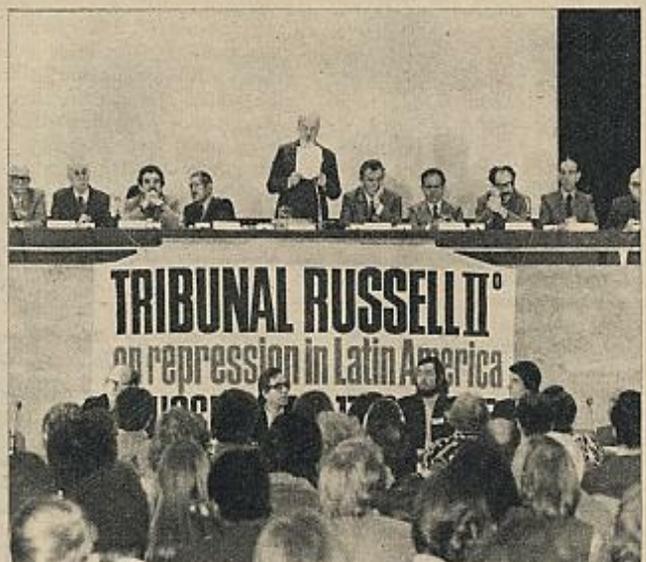
Por útiles que resulten, estos análisis humanitarios o legalistas parecen muchas veces totalmente tangenciales a la realidad de las luchas. El Tribunal tiene el mérito de haber concedido la palabra a la realidad por boca de testigos excepcionales: El general de aviación chileno Poblete, Carmen Castillo, incandescente y combativa, así como a un grupo de campesinos indios venidos directamente de Colombia. Pero uno no puede defenderse de los oprimidos sin conocer a los opresores: De ahí el valor capital del testimonio de Philip Agee, antiguo oficial de la CIA destacado en Latinoamérica durante cerca de diez años, que ha referido cómo este organismo, bajo el control directo del presidente de los Estados Unidos, manipula a los gobiernos latinoamericanos y se esfuerza en infiltrar, vigilar, dividir, corromper o desacreditar a los movimientos populares.

Omnipresentes, las multinacionales son una fachada un tanto cómoda, y los trabajos del Tribunal, como ha recordado Sicco Mansholt, conducen a la puesta en tela de juicio del gobierno norteamericano, responsable último de los sistemas económicos y sociales que privan a los pueblos de este continente del derecho de disponer de sí mismos (1).

Russell contra Kissinger: La partida es desigual. Pero aunque este Tribunal no fuera más que lo que es —una bella y poderosa comisión de encuesta—, seguiría resultando indispensable.

Cuando otros ejecuten la sentencia en un terreno distinto, nadie podrá pretender ignorar los alegatos. ■

(1) «Me alegro —declaró Sicco Mansholt— de que en este recinto se haya pronunciado varias veces el nombre de Henry Kissinger. Kissinger es responsable, personalmente, del derrocamiento del gobierno democrata chileno. Debe ser, pues, juzgado públicamente por su responsabilidad en la operación montada por la firma ITT contra el presidente Allende. Mas como las jurisdicciones de Estado han demostrado su insuficiencia, ha de ser este Tribunal el que le juzgue y condene».



El presidente del Tribunal, Lello Basso, durante su intervención en la sesión de apertura. Entre los participantes, García Márquez y Cortázar.